La fábula de Urian

David Romeo Avila

La fábula de

URIAN

DAVID R. ÁVILA

Capítulo 1

La fábula de Urian

Los Anemoi* habían estado muy orgullosos, hasta ahora, de su función como dioses y gobernadores de los vientos. Desde tiempos antiguos, cuando el planeta se encontraba unido en una sola masa de tierra rodeada de mar y los volcanes rugían y lanzaban incandescencia indiscriminadamente, los Anemoi ya surcaban los cielos altos y bajos empujando suaves ráfagas, generando tormentas y manteniendo el equilibrio.

Los Anemoi habían estado tan orgullosos de su infalible y perfecta estirpe; hasta ahora.

Urian se convertía rápidamente en una frustración tanto para sí mismo como para la especie entera. Por linaje estaba destinado a ser el próximo Céfiro pero la fecha de sucesión hacía tiempo había llegado y pasado de largo.

Desde pequeño, Urian había mostrado ser un Anemoi normal; incluso brillante, feliz, creativo y dinámico por encima del promedio; todas las mejores cualidades para ser un buen viento del oeste. Sin embargo, en un momento crucial, cuando las alas de cualquier Anemoi en vías de convertirse en viento mayor o menor deben crecer vertiginosamente para volar y demostrar que la deidad estaba lista, las de Urian no crecían. Por alguna razón, Urian había dejado de creer en sí mismo.

-No lo entiendo. No lo entiendo. ¡No entiendo qué pasa con este muchacho! -Repetía constantemente Eos, su madre.

-¡Parecía tan capaz! ¡Ya han sido años los que su padre ha tenido que volver a trabajar en espera que esté listo! -Continuaba en queja constante.

-¡Es una vergüenza! ¡Mis hijos estuvieron listos incluso antes de tiempo! -Rugía Tifón, su neurótico tío.

En efecto, Astreo, el padre de Urian, había tenido que suplir al último céfiro jubilado al no estar Urian capacitado aún.

Sus alas simplemente no crecían. Él no se consideraba un céfiro digno.

Urian hacía todo lo que podía y todo le decían para resolver el problema: tomaba cursos de fiereza con Gorgona, de auto-confianza con Narciso e incluso de estrategia con Atenea, cuyas cuotas de recuperación eran

exageradamente caras.

Nada. Las alas no crecían. Lo único que crecían eran las cuentas por pagar y los días atrasados de trabajo incumplido.

Urian pasaba largas horas en su cuarto blanco sin saber qué hacer, tratando de animar a sus pequeñas alas y contemplando con devoción un cuadro de Kirth, su héroe y gran modelo a seguir: la leyenda del más famoso dios del viento que había existido. Se decía que Kirth había hecho tan buen trabajo, que su paquete de jubilación había incluído una gran mansión en Eolia, como vecino nada más y nada menos que del gran y supremo jefe Eolo. ¡Ansiaba tanto ser como él! ¡Tenía que serlo! ¡Por eso contemplaba tantas horas su imagen, convenciéndose de que podía y tenía que ser como él!

Un día, Tramontana, su alocada mejor amiga, le instó a hacer una de las muchas travesuras que solía organizar.

-¡Vayámonos de farra a la tierra, allá con los humanos! ¡Son bien divertidos, ya verás! -Le dijo con aquella irresistible sonrisa pícara que siempre llevaba de estandarte.

Tramontana era audaz, despreocupada, impulsiva, alegre y además tenía la suerte de trabajar sólo por temporadas en una pequeña franja territorial. Sus grandes ojos azules, como el cielo que ocasiona al soplar, se movían rápidamente de un lado a otro en espera de una respuesta afirmativa por parte de Urian.

-No se... tengo bastantes problemas tratando de hacer que crezcan mis alas. Quiero ser como Kirth y sólo soy un fiasco. -Decía Urian meneando la cabeza con tristeza.

-¡Suelta ya ese cuadro de Kirth y vamos!¡Necesitas despejarte! -Insistió Tramontana jalándole un brazo.

Urian la miraba dubitativo.

-El tío Dionisio me dijo de un lugar...Carmen de la Playa...Playa Carmen...¿Playa Catre? ¡No sé pero él dice que se pone bueno y me dio las latitudes! ¡Vamos! ¡Ya no es pregunta! ¡Mueve esas alitas de pollo! -comandó esta vez llenando el entorno de una gran racha fría refrescante.

-Es fácil para ti hacer estas cosas. Tú no tienes problemas... -Comenzaba a debatir Urian cuando se vio lanzado al vacío ahora por una de las mejores ráfagas de Tramontana.

Mientras caían, Urian seguía escuchando el fuerte parloteo de

Tramontana:

-¡Son las 12 de la noche allá! ¡La mejor hora para el despapaye! ¡Woohoo!

Como podía suponerse, Urian se quedó solo apenas arribaron a tierra. Tramontana inmediatamente volteó hacia la playa, se acomodó el cabello rubio rojizo y salió corriendo con los brazos levantados y meneando las caderas hacia un club a la orilla del mar diciendo:

-¡Uh! ¡Reggaetón y Perreo!

Urian comenzó pues a vagar por una colorida calle peatonal paralela a la playa. Veía gente, escuchaba música, entendía lo divertido que podría ser ese lugar, pero de su mente no se apartaba el gran problema: sus alas, ahora invisibles para los humanos, no crecían.

Caminó derecho dándole vueltas al asunto hasta que al fin dio giró a la izquierda y se sentó en la oscura orilla al final de un muelle. A lo lejos se escuchaba el rumor de la música, copas chocando y risas entremezcladas.

-¡Hola!- escuchó de pronto saliendo de su profundo pensar.

De pie, a un lado de él, se encontraba una chica delgada, castaña, de vestido playero azul y ojos aguamarina.

-¿Te acompaño un rato guapo? -preguntó haciendo un puchero con la boca.

-No hay problema. ¿Cómo te llamas? -preguntó Urian sin mucho interés.

-Nereida. -Respondió ella. -No me gusta. Mi nombre y los de mis hermanas son todos variaciones del de papá. Es una estupidez. -Agregó con molestia.

-Urian. Mucho gusto.

Nereida se sentó junto él, sobre el muelle.

Permanecieron así largo rato hasta que fue ella quien rompió el silencio.

-¿Sabes por qué me gusta este lugar y vengo cada que puedo Urian? -preguntó con indiferencia.

-No, no lo se. Respondió él; distraido y un poco fastidiado.

-Al principio era muy pequeña; un caserío en el que nadie creía. Tenía una gran ciudad vibrante y llena de vida a poca distancia. Las playas de esa ciudad cercana eran impresionantes en color, fuerza, belleza y extensión en tanto que las de aquí eran mucho más cortas, menos coloridas y más suaves.

Urian comenzó a interesarse. Nereida prosiguió.

-¿Quién iba a pensar que junto a tal coloso con tanta virtud iba a florecer algo con tanto menos a su favor? ¿Sabes qué sucedió Urian? -preguntó Nereida.

-No. Respondió el joven y hasta ahora fallido aspirante a céfiro.

-Que en realidad no había nada en contra. La gente comenzó a creer en la ciudad; pero porque ella comenzó a creer en sí misma. Supo que lo que tenía no era menos sino simplemente diferente. Descubrió sus fuertes y potenciales, confió en sí misma y los utilizó. Ahora es un gran polo como su vecina virtuosa; la cual sigue siendo maravillosa también. Pero si se hubiera dejado opacar o si hubiera intentado por todos los medios ser como alguien que no era, como la grandiosa ciudad vecina, nunca le habrían crecido las...alas... por decirlo de alguna manera.

La información le cayó a Urian como balde de agua fría. Entonces lo entendió. No sería nunca Kirth, no sería nunca Eolo, no sería nunca Astreo, su padre; y había sido una gran tontería haberlo intentado. Sería Urian, el mejor Céfiro que podía ser él mismo. ¡Y eso sería un gran Céfiro!

-¡Nereida, tengo que irme en seguida! ¡Me encantó conocerte! ¡No sabes qué maravilla ha sido esto para mi! -pronunció Urian entre tartamudeos al levantarse y salir corriendo por el muelle.

Nereida permaneció sentada, viéndole alejarse, con una sonrisa casi imperceptible. Susurró para sí misma: -Yo se que tienes que irte, guapo.

Se levantó, jaló los tirantes de su vestido azul hacia los lados, lo dejó caer y así, desnuda, se tiró al mar por la punta del muelle para no volver a emerger.

Urian regresó a casa esa noche con las alas más hermosas que se habían visto últimamente en el vecindario. Se incorporó inmediatamente al trabajo liberando a su padre de la suplencia y se hizo un gran Céfiro, llevando el viento firme y agradable del oeste; suave pero confiado y poderoso.

Ciertamente la región entera, incluyendo a Kirth, está orgullosa de él. Lo más importante, sin embargo, es que Urian está orgulloso de sí mismo sin

importar quién lo esté de él.

Atenea afirma que fue su último curso el que finalmente hizo crecer las alas de Urian y aún pretende cobrar un cargo extra por ello.

*Anemoi: En mitología griega, los dioses del viento. Representados como ráfagas u hombres alados.

Urian: Nombre griego masculino que significa “desde el cielo”

Céfiro: En mitología griega, dios del viento del oeste

Astreo y Eos: En mitología griega, padre y madre de Céfiro, respectivamente.

Tifón: En mitología griega, padre de los dioses del viento destructivos.

Kirth: Según Homero, dios principal de los vientos, con el poder de todos ellos.

Gorgona: En mitología griega, despiadada y monstruosa entidad femenina.

Narciso: En mitología griega, efebo enamorado de sí mismo.

Atenea: En mitología griega, diosa de la sabiduría, guerra y habilidad.

Eolo: En mitología griega, amo y gobernante de los vientos.

Tramontana: Viento frío y turbulento del noreste. Sopla en España continental, Francia e islas

Baleares por varios días seguidos dejando el cielo azul intenso como presunto efecto.

Dionisio: En mitología griega, dios del vino, del éxtasis y del placer.

Nereida: En mitología griega, ninfas del mar que surgen a la superficie a proporcionar ayuda.